

BRAZO DE SOL

Carlos Ramírez Vuelas

A Sandra, siempre

TIERRA VERDE

Con Evelyn y Alejandro

I

Escribo en nombre de esta ciudad
fundada en el quinto lustro del siglo mil quinientos

La mar del sur tiene un pergamino
para nombrar con sal las heridas de esta tierra

Un bosque de parotas en el norte

para invocar la precisión del rayo

Erupción del este

Un henchido corazón de árbol

El valor del fuego en la boca

para que en mi pecho hierva

la duda incandescente

Venga a mí la dulzura vertical de la caña

Que cante en mí el oeste

y no sepa decir ni muerte ni mentira

En nombre de esta ciudad

a la que ahora injurian tus hijos

llamándola ramera enferma

Enciendo estas palabras y las clavo en el pecho de tu descendencia.

II

Mis abuelos vieron las playas de los ríos en lo que ahora es la ciudad

Padres de esta casa tropical

En el callado rumor de su muerte se abría el surco y el caudal del mar

y el sudor del trópico grabó la hidrografía en sus manos

Aún la manifestación de pájaros raya en lengua de oro un sonido igual a la mañana

que cae como una mano musical sobre el rojo adobe

bajo el manto terriblemente azul

Pero qué sombra entonces llega a la ciudad

si aquí edificaron casas contra el movimiento de odio de la tierra

A qué entonces la amargura brotando de las calles

llenando las aceras con la velocidad del miedo

III

Vean la estatura del valle

Donde la hondura cimbra el estertor comienza su esqueleto

Para llegar a la cima invoquen con la más furiosa fuerza al corazón

—Siente cómo labra el sol

la lengua de los abuelos que dora el tiempo—

Va en la palabra y el verso el olor

de aquella casa que fue de ustedes en la infancia

Vengan conmigo

Suban a lo más alto de su pecho

—Vuelve a nacer Hermano

te estoy nombrando en todo lo que veo—

Digan qué singladura del tormento de Dios

nombró de tan rabioso verde el valle tropical

—Nombra de nuevo la palmera y el cafeto
y el naranjo y el ciruelo un árbol enano
a punto de quebrarse en mandarinas—

Nombren la arcilla de oro del mar
y las reminiscencias de feminidad
en el laberinto del molusco

Nombren el bosque de su infancia

Allá adentro el tambor que suena en ecos sobre la montaña.

IV

Avanzo sobre el Camino Real y la Calzada

Tengo doce años otra vez

Mi padre me mira con dos naranjas dulces

Muerdo su mirada como quien besa a su hijo

Tengo la edad de bronce de su piel

Pasamos frente a una ceiba

el Camino se hace más Real

Habla de mi incierto futuro con una seguridad eléctrica

Yo lo miro lo escucho lo siento con el alma

Alguien vende agua fresca

Voces cotidianas como puntos de luz en el Camino

Mujeres en las manos de mi padre

Mujeres desfilando por mis ojos de niño

El Camino Real es más grande a la sombra de la Lluvia de Oro

Espada que se blande en la hoja de la Palma el corazón

Vemos los anuncios los comercios las ropas miserables

Mi padre va nombrando en mi rostro los árboles

Nos acercamos a la casa

Él ha dicho que seré el hombre que ahora escribe

Mi madre nos recibe

Están sobre la mesa los frutos más sagrados.

V

Cuando estoy frente al valle viendo pasar el tiempo en la cañada,
en mis adentros lloro como un niño
cuando a lo lejos
escucho a la tormenta cabalgar en la ciudad.

Digo con palabras quebradas,
con sonidos tan parecidos al silencio:

¿Ya no estaré aquí? ¿Ya no veré todo esto?

Junto a los árboles veo pasar un momento de lo que fue la infancia,
y sobre mis hombros la bruma me acongoja como a la ciudad.
Debo que decir que no, que ya nada palparán mis manos.
Qué tempestad entonces sobreviene, qué premonición es todo esto que me duele.
Desde la altura del valle todo se disipa bajo un velo de sal brotando de mis ojos.
Contengo la respiración sólo para respirar dentro de mí.

Pero esta es mi casa. Este árbol. El río rompiendo la tierra,
y la tierra y el sol y el viento alevoso de la lluvia
y el rayo y la cascada de los sueños sobre verde.
Como yo vendrán más hombres para nombrar el mundo,
como yo alguien más, parado en lo más alto del valle,

dirá con sus palabras las cosas más sencillas.

Otro como yo, que aún no ha nacido, ya está cantando.

En ellos comienzan los ríos en ellos se anticipa el alba

Madre de las profecías nocturnas

su lengua siempre canta la señal del destino)

Los muertos están aquí trazando los caminos de la tierra

Y antes de abandonar el silencio de la tarde

escriben la tristeza que recuerdan los perros al aullar

Ahora hablan por mí.

VII

A Sergio Briceño

Siento las bendiciones del árbol

Su hoja despierta contra el tiempo

la encrespada furia de la rama

He llegado al fruto de su profundo corazón

ahora que los ojos se me llenan de espinas

Árbol de Pan caridad de agua y harina

En el tronco milenario pasa quemándose la vida

como una página en el aliento de la luz

Siento las bendiciones de la corteza

Oro en nervadura rumor de hojarasca

tronco transparente

espejo pulido por los años

Habitar los anillos de la sangre para vivir

Encerrar en los brazos un anión

Y escuchar el crujido de la rama que se quiebra y no se dobla

y soportarlo todo con la firmeza del Poema.

VIII

Te doy una palabra dulce
ciudad de rumor de carros

Te destierro de ti

Deja que la niebla pueble las calles
y se escuche en los oídos las palabras de amargura

Así abandonada desde ahora te escribo

Nadie como tú
sabe los nombres de la distancia.

IX

La sombra de los árboles corona la calzada

es un grito oscuro su despeinado follaje

Una parvada de gaviotas abre el sesgo azul de la mañana

El mediodía se alza con su jubón de oro en las aureolas de la ciudad

Pero un día vendrán por ti

y tus dos mil lenguas de agua

y tu embestida verde

Te sacarán los ojos y quemarán tu sien

Apagarán cigarros en tu vientre

como quien planta el odio en su cama

Rasgarán tus pechos con el colmillo de la rabia

Te dirán perra maldita hasta volverte piedra

Te colgarán de los árboles de la calzada

Te robarán el mar

te cortarán el cuello

Arrancarán tus manos con la ira de sus ojos

Te han de hundir en el asfalto y en el lodo

Un día vendrán por ti

Morirás entre mis brazos

y mi cabeza flotará

cantando para nadie.

X

Con un puño de sal

escribo tu nombre sobre la tierra

Para que la mano bienhechora del sol

lo vuelva agua que nunca ha de tocar

los labios del sediento.

XI

De dónde este iracundo sol entre palmeras,
alimentando de cáncer los pechos femeninos
y la piel marchita de los hombres de la estepa.

De dónde viene, baba voraz, la altiplanicie rubia de tu cabellera
y el flamígero sopor de tu vetusta ira
bajo el flaco rubor de los marinos.

Perla de sol a mediodía, enceguecida estrella
en el aire boreal que llega,
de más allá del mar y la espada que sobre él descansa
resplandeciente como un grito de batalla.

Sol de la infancia que aún albergas en mi pecho
la mansedumbre triste de las muchachas
que depositan en tu frente el resplandor de la semana.

Y toda tu, estepa solar, estás cantando en mis noches
y apareces de nuevo, presta, para arrojarme al mundo.

XII

A Verónica Zamora

Con cuánta bondad la lluvia cae sobre este día

Es un tambor de cielo en el techo

El carcaj de rayos

 Esa mancha que es la semilla de Dios
clavada con la furia del deseo

Lame la lluvia las huellas de la Hembra

Lengua diseminada en junio
dame la ceguera del que nada sabe
para que con barro nuevo
pueda nombrar desde el origen
la presencia del mundo.

XIII

Parado en las venas de la tierra
donde señalaste el bosque Pienso en ti

Paso la palma de la mano sobre la vista
y abro la memoria

Rasga el estertor del rayo la delgada tela del silencio

Un zumbido de agua navega allá abajo

Qué será de los que ya no sepan
de la lengua fiel de la humedad
De los que no verán los cauces
de la Barragana y de la Lumbre
Ni de la fantasía que habita
en el camino al Borbollón
Allá donde el tigrillo y el venado
donde el pájaro tropical y la flor

No verán como yo
el espejo de la Laguna del Jabalí ni el Carrizal

El valle que me mostraste en Suchitlán

La cañada donde conocí la raíz de la lluvia y el verde resplendor

No sabrán ya

de las flores de Cofradía

ni del pan ni del llameante mezcal

ni del vituperio sordo de los pájaros de La María

Nada verán sus tiernos ojos.

XIV

Cruza el vástago de agua mis pies

Agua zarca que ya no corre

Manglar entumecido

Simiente silenciosa de lo que fue el musgo

Limo resentido ante la sombra del sol

Agua amarga ya

Agua sola

Agua muerta y vacía

Agua de piedra

Agua que no hemos de beber

Agua seca

Agua contenida

Lengua de muchacha en menstruación

lamiendo con rijosa saciedad

vacías las venas y el cabello seco

Agua ausencia

Agua invocación

Agua

Agua

Nada.

XV

Uno mira el árbol

y brota la sajadura abisal de la tierra

Acerca el cuerpo a la sombra

y es la sombra del árbol la del hombre

Uno se ahoga en la duda y en el filo del vacío

Se descubre a la mitad de la intemperie

Interminable como algo que pudiera ser el llanto

Rama oblonga sobre el río

Tiende su corazón frente al espejo del árbol

y descubre que como el follaje

una piedra lleva sobre uno mismo.

XVI

Qué terrible luz emigra de lo lejos
para verte de nuevo en cada rama.

Oh amantísima, temprana y desteñida noche,
depositaria de voces de acero, de sueños insondables,
durmiendo fiebre en llamas.

Y tú, resplandeciente detrás de las montañas,
sigues ahí. Te sé, te veo danzando entre la lluvia y los tejados,
cantando para mí una canción de tierra verde
que ya se repite en las raíces de mis venas.

XVII

Yo conozco poco, apenas veo la incertidumbre
en la que se conserva el tiempo.
Pero sé que a estas horas la ciudad
se ilumina con luz artificial cuando invisibles sátiros
encienden sus manos en las alcantarillas.
Y en las esquinas ronda el zumbido de una soga
que da vueltas en los ojos de los adolescentes.
En la apariencia marina de las calles se alza la boca de la noche.
Alguien llora todo el dolor de sus brazos
y en los ojos le estallan las palabras del odio.
Y la ciudad gime como una bestia furiosa
para esclarecer los sueños de la angustia.
Yo poco sé de todo esto
pero siento que entre las calles del sur,
el niño que fui me espera para otorgarme el olvido.

XVIII

La tempestad rasgada por eléctricas visiones

Un zarpazo de plata quiebra el silencio

en la cabellera morada de la tarde

Me esperan ya

Toda la sed encerrada en cocoteros

que alimenta de semen a marinos

La mujer madura que arrastra su pubis de tabaco

sobre el tronco de una Palma de Viajero

Vengo a la tierra

donde la Maravilla oculta sus prodigios.

XIX

Para aprender tu nombre
palpé el blando vientre de sal y arcilla
del oro seco de las playas
Y entre los surcos trazados por las venas
emergió para siempre el trópico
detenido por el vuelo temprano de las aves
que van a cosechar el trino del alba

Pero avancé entre los carros que ahora inundan la ciudad
Escupí terribles palabras a los cristales
mientras caían estrías de remordimiento

Cascadas de fuego bajo el sol de mayo se repetían en las calles

Yo era el árbol quebrando la banqueta
El fuego del volcán en la entrepierna
de las muchachas dulces de la escuela
El pájaro al que queman por robar ciruelas
Las hojas removidas por el viento en el solar
Y la lluvia advenediza donde fue el río
Y el incendio y la humazón en los ojos de las hembras

Y una canción en boca de los ciegos
que molesta a quienes duermen a las doce

Y un niño travieso en el alambre tenso del futuro

Te vi abandonada y nada pude hacer

Te vi pequeña como el ojo de la aguja

atrapada bajo el fuego del tiempo

Y nada pude hacer sino llorar por siempre

y escribir todo esto para que sepas

que en mi corazón está creciendo un bosque y una selva.

SEÑALES DE PLATA SOBRE LA BAHÍA

Mírala radiante como la punta del pezón.

La Luna se pasea en un laúd sobre el verde de la estepa
como el latido que resuena lúgubre en el vientre
y su ponzoña sucesiva de días de tormenta.

Alza su faldón de trigo, se quita su jubón de plata,
su corazón molido por la respiración de la noche.

El calor tropical canta en las venas.

El enorme cuerpo del deseo se descubre
como los altos senos de una niña de quince.

Se cuece entre los ruidos de la noche el escarceo animal de la flama lunar.

* * * * *

Nada se pude hacer cuando la Medianoche vuela sobre el mar.

Es una carta de sal escrita por un hombre,
que recibe a lo lejos el deseo de una hembra oculta por montañas.

Es imposible pronunciar las palabras de la espera:

Hay perros ladrando que injurian tu nombre
con el orín que desprenden de sus fauces.

Alguien no duerme. Escribe maldiciones

y una lechuza canta clavada en sus hombros.

El olor a tabaco mojado no es vano, tu sexo es alta luna
como el olor de los árboles de la selva.

Es la noche dormida en tu regazo. Bronceada tu piel de ámbar
y amaranto creciendo entre tus ingles.

Dos promesas de frío se alzan de tus senos:

El rumor a sangre en los tejados es un dolor de siglos.

La singladura del viento es un cardo de azucenas,
por eso es imposible dormir
cuando desnuda alimentas la sombra de mi cuerpo.

* * * * *

La blanca Luna ha sido devorada
por el intestino del abismo

La blanca y alta Luna se ha metido en mi sueño

Te veo cabalgar en mis muslos

Entras blandamente en la carne

como al silencio de la noche

Y ya no puedes respirar

sino esta canción lunar

* * * * *

Abrir la ciudad con los ojos del odio

Extender su llaga luminosa

de corrosivo ácido el corazón

Lamer sus lucecitas como pezones

Abrir sus piernas

(El horizonte en llamas como una flor)

Hasta que el deseo quede despierto

como una almeja

de edad milenaria

* * * * *

Ha salido la Luna para mí

Digo que esta noche es de pura plata
y se abren las violetas que duermen en tus pechos

La Luna se ha vestido de tormenta para mí
y tu cabello me envuelve en la selva
más carne más cálida más húmeda del cuerpo

Digo que la Luna te ha tomado
Y el que soy en ese instante te señala
como si esperara al mar sobre sus brazos

* * * * *

Puedo escribir tu nombre Sandra
con el humo del cigarro

Con los ojos cerrados decirlo en voz baja
al hombre que pregunta por ti

Escribirlo con la alegría del sueño
que se espera en la tarde del lunes
y con la clara voz del estallido en tus piernas

Puedo hacer con tu nombre

una lluvia de piedras que ardan

Sandra

y pasear la lengua en esa llama

y deletrearlo con el pulso del corazón

Ahora que nadie me escucha

puedo trazar tu nombre con las venas del viento

y esperar que tu cuerpo renazca en mis cenizas

* * * * *

Qué te sostiene

cuando luminosos árboles te miran

Qué sabe de ti la noche

cuando cabalgas en el bronce de mis piernas

Qué ha de saber de ti el aliento de la lluvia

si en medio de tu cuerpo

florece un manantial

* * * * *

No es que tu cuerpo

no nazca en la Luna Roja

O que tu mirada no esté

como una huella lunar en mis ojos
No es que tus caderas potra lunar
no se sientan en mis muslos
Ni es que tu llanto de pura Luna
no florezca en mi pecho
No es que tu sombra de Luna
no se repita en mí
Es sólo que hay Luna llena
y me faltas lo mismo
que al cansado el sueño.

LLUVIA SOBRE LA MEDIA LUNA

No tienes que decirlo

esta es mi casa

Aquí abre azul la floresta del río

cuando las mujeres tienden sus ropas del menguo frente al sol

¿No la ven en las copas de los árboles

montada sobre el tronco de zafiro

donde el cobre y el silicio

donde el azufre?

¿No sienten el verdor de su cama silvestre

que habla y se enciende bajo sol del verano?

También para ti esta palabra se adelgaza

se hace transparente

La daga dorada de la emoción que canta

clavada con la furia del deseo

Pero sangre y sudor es su canción

Ella es el poema.

Te conocí cuando los perros y los árboles

lamían la ternura del alba y de la tierra

Muchacha de dieciséis

te daban sombra las gotas de la lluvia

y en tus senos dormían dos claras lunas creciendo

Yo era un muchacho bravo consagrado por las aguas de los ríos

Tú delectabas la silueta del mar con tus caderas

Tenías la edad de la que viste el verde por camisa

y tejías brasas en mis sueños

Encendías sin tú saberlo cimientes de cristal en mis costados

como la que fragua para siempre el silencio

Y ahora sé que dondequiera que bese

tu corazón queda temblando

frente a mi corazón desgajado.

Te recuerdo Nunca como entonces tu cabello olía a menta Eras el tiempo de la lluvia Salías del cuarto gris Al norte de la ciudad Donde edificué mi bastión de sombras Alguien que no soy yo estremecía tu espalda El viento dibujaba en tus hombros una ola y la tormenta En tu falda se grababa la humedad de mis manos Cómo se alargaba tu cuerpo contra el sonido metálico de los carros Cómo hervía la sangre al ver tu cuerpo La rosa que también se abre para verme Qué presente y clara daga también a mí me estremece Mis nobles manos Mis amantísimos brazos Mi duro pecho de palabras firmes te toman Vemos la lluvia caer sobre La Media Luna Muchacha nunca como ahora eres un rumor de oro Te tomo de la mano Avanzamos siguiendo la luz que la noche aguarda Un hombre canta una canción y te bendice Se encienden las estrellas del bosque Entramos ya Nada me detiene para llegar hasta la casa.

El sol funde su crin sobre las tres de la tarde

Te reconozco en toda esta tierra

Pido fuerza para soportar este amor
que se está cayendo del más alto de los cerros

Aprendo de ti el verde origen de las cosas

Me repito en el árbol

Soy la torcaz que dibuja el signo del aliento

La siembra peinada por un aire enfurecido

Y el eco en las paredes de las rocas

Y la hoja que cae hiriendo

levemente el horizonte

Fijo la mirada en tu sombra

La detengo antes de caer en el abismo

Me aferro a ti

Sé que no he de alcanzarte

Eres la Altura.

Para llegar al territorio donde ella habita
es necesario abrir la urdimbre negra de la lluvia

Viajar en el silencio verde

Ver los crócalos de las Violetas
y las Antorchas y la Hierbabuena

Tocar con los ojos del alma el oro de las Primaveras
y decir en voz alta la oración del Tabachín

Para que la Maravilla
quede en el escándalo de su desnudez.

La niebla recorre el mes de agosto

Soy una herida parda entre el río
y el aroma a pan y a mujer naciendo me acompaña

Venga el café sobre la vista entre el olor de la lluvia
Venga el cuerpo de Sandra
y su entrecejo en donde riman
dos lunas su lado oscuro

Germinando silencios palabras claras
Lluvias interminables
Que vengan su boca y sus manos
Su pantalón amado su pierna y sus caderas

Que llegue su mirada de colores amables
y se llene la casa con el bosque de su pelo.

¿Cómo es su dolor ahora? ¿Cómo piensa en mí, a seis horas de distancia, tierra adentro, más allá de la bruma y el cristal, más allá del silencio de la madrugada? ¿Qué gallos henchidos de rencor cantan a su cama? ¿Qué golpe de Dios acontece? ¿Qué angustia le arranca el oído y el sueño? ¿Qué tumultuoso rencor guarda mi nombre?

Es alta la mañana en el oro del día

El calor empieza su lucha contra el trópico

Rastros rojos de humedad cuecen el aliento

Soy una llama en el centro del cuarto

Toda soledad en armonía con el fuego me levanta

¿Qué sucia sombra en el suelo me dibuja?

Escribo una carta

Una letra al polvo

350 kilómetros al norte te enfrentas al caos

Te integras a la soledad que soy

Un borroso recuerdo sobreviene

se disipa

Te escribo

Entras a la memoria

Dentro de mí todo es una dolorosa fiesta.

Renuncio a mí a mi sombra a mi muerte

Entrego el recorrido de las playas que me saben

Dejo en testamento mi olor a hierba fresca

Decido para ti mi voz de cántaro de agua que cae y no se rompe

Abandono este cuerpo

Desde ahora no sé de mi tamaño

Que tus manos encuentren mi lugar en esta hoja en blanco.

Vuelve a encender la Maravilla sus ojos de fortuna

En el corazón se cuece sangre negra

y todo lo que miro vibra o arde

Vuelven los frutos a la tierra

También sigue el tránsito de carros

y a los lejos muge su estertor

Todo en realidad importa poco

Esta mañana desesperado te hice el amor

y el día comienza con un poco de miel

mezclada con la sangre de los labios.

VALENCIANA

CARTA DE SAL

Soy una incisión de sal en medio de estas calles

Guardo en mí la memoria del mar

Me recuerdo bajo la sombra oracular de la palmera

Camino sobre las tablas del puerto

y luminosos peces de esmeralda brillan en el fondo de la memoria

En todas partes veo el mar

La lengua coralina de su nombre

Su grito de sal contra lo más alto del alba

el vaivén inconcluso de los barcos

El tremendo golpe de las olas como nervio de la muerte

Un silencio total se mece en las palmeras

ahora que estoy aquí llorando todo el mar

Es un llanto largo e indomable mi memoria.

AGONÍA DE LA TARDE

Para Oscar y Javier

Este no saber agua, ni sangre, ni espejismo,
y aprender a renunciar a la alegría
y andar enceguecido en busca del silencio.

Es encontrar la sombra y repetirse en todo como el eco.

Todas las mañanas son anillos de serpiente,
uno sueña con alacranes como flores en la casa,
intercambia manos como esquelas.

Es solo un lamento, sólo el tiempo devorando la cabeza
con las fauces de los años.

LA NOCHE NOS REGALA

Para Avelino y Sergio Arnoldo

I

La noche nos regala su fatigada ausencia de fríos resplandores.

Vamos a golpear la soledad con un verso ardiente
y largo como la palabra olvido.

Vamos a celebrar la muerte de los hermanos
con una mano en el agua y los ojos cubiertos de sal.

A guarecernos bajo el ácido limón
y cortarnos lo nocturno, lo oscurecido solos.

Vamos por esa ramera adornada de llantos
y su camastro aquel, dibujado de rubíes por el menstruo.

¿Para qué otra cosa es la vida
sino para llorarnos lentamente por la hembra,
arrancarse del abandono de la hembra
y tocar su piel llena de trópico?

Tú que pintas azucenas y ciruelos
en el cielo de la infancia,

mientras perfectas caracolas te responden.

Para ti se peina la niña de doce años
y la virgen deambula en faldas, y la vemos venir
a mostrar su sexo magnífico de brutal medusa sorda.

Ahora es la noche un largo recorrido por el llanto que somos.

Ahora es amarga la luna silvestre sobre el mar.

Mírala graciosa como una perla, resplandeciente sirena
que aún guarda bajo su cuerpo el poema
y este sueño luminoso que nos brinda.

Llena de agua y de sal, la luna marinera a tu casa
viene a cantar.

II

Tendríamos que llorar como una viuda
y quemar la mesa donde la abuela cenó por última vez.

Tendríamos que celebrar la luna llena y el amor
como una misma cosa.

Compartir con los amigos la cerveza final
sin la certeza de que habrá un siguiente día.

Llorar de la amiga y su padre que murió,
por la soledad del trópico, por el calor y el hambre.

Y ver la tarde ardiente como una palma seca

y a la muchacha hermosa que ofrece su orquídea.

Llega el barco rayando el firmamento

y la sal del cuerpo, como una sombra blanca,

nos recuerda el llanto que no tuvimos.

Habría que llorar por todo esto, por ti y por mi,

para que el dolor no cubra al silencio.

FARALLÓN DE MEDIODÍA

Eres de mar

lo supe siempre

Eres de agua y sal sobre las manos

el óxido entre las piernas de las niñas

Desde el acantilado de tu espalda

Farallón donde caigo y subo

y soy un hombre de mar y de las barcas

y adivinas peces

Eres de mar

del ardor de la sal

de la lengua que soy

y del vientre que te sabe espuma

Eres de mar

mis piernas lo repiten.

VALENCIANA

Todo el silencio que me habita
no es sino una forma de llamar la soledad

Y ahora me duele el cuerpo de una mujer
las palabras que no he dicho a su cara
su herida aún temblando entre mis muslos

Lejos ya Abandonado como los hombres antes de morir
doy vueltas al calendario de mi cuarto

Debo dejar constancia
del frío que atormenta las rodillas de las tardes
Y en la certeza de los días
escribo mi memoria como una brasa que arde por las noches

Ah el solitario ausente de sí
que hace girar su cama en las mañanas
como una barca que navega sobre el mar

La bruma tiende lazos de amargura en mis ojos

Y estas palabras

se detienen en el abismo que me habita

Caen pétalos de rosas en la boca de la nada.

TABLA RASA

Sobre esta mesa

asentada en la ventana del horizonte

veo pasar el Tiempo detenerse

Saltan astillas del calor interno que el azogue olvidó en la madera

Yo escribo sobre el tenue resplandor de mi mesa

Doy gracias al olvido que me cobija

y a lo que toco y a lo que siento y nada sé

Ah la soledad del hombre como una constancia de la bruma

sobre los troncos de los árboles seculares

Todos los hombres que ahora dicen lo que escribo

con la certeza de tener en la boca una fogata

Ellos que también dejan en el horizonte una ventana al corazón

Escuchan claramente el leve crujido

de mi lápiz sobre la hoja

y la respiración de mi cuerpo sobre la mesa

Y las cosas sencillas que ahora podemos decir

y las ligeras brasas de nuestro aliento

encienden los pulmones de la noche

como un metal a punto de cambiar su apariencia
por la invocación del fuego

Ah los hombres que caminan en su corazón
como yo camino por la piel que he dejado a lo largo del día
Ellos saben a lo que me refiero cuando digo
que el dolor es una insinuación de la muerte
que el agua de la muerte está en todas partes
Aspira y respira la muerte en las cloacas

Todo se hace más grande sobre la mesa
Las manchas de humedad como dos rostros o palabras
que antes de mí fueron de otros hombres

Es tan sencillo todo esto
Tan claro y transparente
Sólo dejen que el fuego interno los consuma
Sólo dejen que los ilumine la vela del alma
Ignoren mis palabras trozos de madera
y láncenlas al fuego del que hablo

Veán como todo es claridad
Sientan como todo ya no arde
y hay un color de plata en lo que miran

Ah qué pequeños somos y qué grandes

Allá a un lado de la ventana verán al sol

y todo flotará en sus cabezas

Como un sueño que les han contado

desde una mesa y una hoja blanca.